

La ciudad como OSSI (Objeto socio-espacial identificable). Las categorías de la experiencia y del conocimiento del espacio urbano

Jérôme Monnet

Universidad de Toulouse

Toulouse - Francia

Traducido del francés por:

Beatriz Nates Cruz

Universidad de Caldas

Manizales - Colombia

RESUMEN

El objetivo de este texto es el de proponer una exploración de las categorías con las cuales podemos racionalizar las modalidades del conocimiento de un espacio por aquellos que son llevados a hacer de éste la experiencia, bien sean visitantes o habitantes. Esas modalidades de la experiencia participan de la elaboración social del espacio en lugares y en territorios. Conocer o reconocer un espacio es identificarlo, él da una identidad; diferenciarlo y calificarlo de tal manera que podamos representarlo dentro de sus particularidades reconocidas y que podamos reaccionar en función de dicho conocimiento.

Identidad de los espacios, identificación de los seres

Pero ¿en cuáles condiciones esa identidad del espacio es dada? Y por quién? Es a esas preguntas que intentaré aquí aportar algunas respuestas, partiendo de la idea de que la identidad de un espacio y aquella de la persona que identifica ese espacio, vuelven siempre la una sobre la otra, en una interrelación dinámica que instituye el medio por el cual podemos hablar de «mediance» siguiendo a Berque (1990)

Es necesario insistir de otra parte sobre el dinamismo de esta interrelación que nos impide tomar como -por decirlo de alguna manera- moneda corriente

¹ Todas las cursivas, comillas y demás demarcaciones de palabras o frases, en las cuales no haya aclaración de pie de página, corresponden al texto original.

el término: "identidad", puesto que éste nos envía a un estado que puede ser tomado en el sentido de similitud-identidad de una cosa a otra o de aquel de singularidad-identidad, que define el carácter único de algo (Brunet et al 1992:244-245). Bien sea que se trate de seres o de espacios, la identidad es eminentemente inestable, cambiante, variable según el grado de inercia de la manera y de las representaciones. Un humano, un edificio, una ciudad, todo evolucionando en el tiempo: ellos no se quedan idénticos a ellos mismos (y perpetúan así su singularidad) sino en una cierta medida. El individuo se reconoce siempre a sí mismo (el *cogito* cartesiano que instituye la permanencia del sujeto), pero no se reconoce sino particularmente a través de los cambios corporales y mentales que le afectan (eso que yo fui en el pasado y eso que yo seré en el

futuro me es en cierta medida ajeno). De una ciudad antigua, puede no quedar nada hoy en la ciudad material, pero el topónimo tanto como la conciencia de los individuos y la inercia de las estructuras sociales (formas jurídicas, bases económicas, redes de circulación) perpetúan una modalidad de identidad de la ciudad en ella misma. De Jericó a México, las sociedades pueden así pretender que su medio tenga una cierta estabilidad; esta proclamación instituye la identidad del espacio, se vuelve socialmente operativa y moldea la realidad.

La identidad de un lugar o de un territorio es el resultado de un proceso continuo, el resultado de acciones y de representaciones de individuos solos o en colectivo, resultado que compromete la identidad de estos últimos. Es por ello que nos parece sugerente poner las preguntas abordadas aquí en términos de "procesos de identificación". Podemos hablar de identificación de manera muy breve, puesto que el término indica la acción de identificar la obra entre lo humano y su medio en las dos direcciones: cuando el ser humano identifica un espacio, él se identifica así mismo de una determinada forma.

Así que es eso lo que nos interesa aquí: no establecer la identidad de un espacio haciendo la genealogía de su singularidad, sino analizar las diferentes relaciones que existen entre la idea que la gente tiene del espacio y la idea que ellos tienen de sí mismos o del otro. Por supuesto, existen tantos matices como individuos, pero yo propongo ver cómo de grandes categorías constituidas colectiva e históricamente, se articulan entre ellas para integrar en un sistema la variedad de experiencias personales. Es un ejercicio de formalización que busca elaborar una clase de modelo sistémico de relaciones de los humanos con el medio. Aquí se trata de evocar en particular procesos de identificación del medio urbano entendiendo que ciertas características son comunes a todos los medios habitados o imaginados.

La ciudad como objeto espacial socialmente identificable y como objeto social espacialmente identificable

Presentemos lo más simplemente posible las siguientes preguntas: ¿Cómo hacemos nosotros para saber que estamos en la ciudad?, ¿Cómo identificamos la ciudad, dónde nos encontramos o bien dónde nos reunimos? Por supuesto, la inmensa mayoría de los habitantes o visitantes de una ciudad no se hacen jamás de manera explícita tales preguntas. De otra parte, la relación que cada uno establece con una ciudad, la afección comprobada, el confort experimentado, las imágenes suscitadas, la habilidad para orientarse y allí reaccionar de la manera más aprovechable (para sí o para la colectividad). Todo esto puede estar presente en la conciencia de los ciudadanos². Es por ello, que esta reflexión se interesa en el punto de vista que el individuo tiene de la ciudad. Dicho de otra manera, se interesa en el punto de vista de un sujeto que instituye un objeto y es él mismo instituido en retorno como sujeto. Propongo igualmente la hipótesis de que el sujeto individual es instituido él mismo como sujeto social miembro de un grupo determinado, por intermedio de la relación individual pero socialmente condicionado por el objeto social que es la ciudad. Esta relación socialmente determinada de un individuo a un espacio identificado (por el prójimo, el otro) como urbano, instituye "el ciudadano", como lo designaré en este texto.

Es por ello que yo propongo considerar la ciudad como un OSSI, como una realidad que es a la vez un objeto espacial socialmente identificable y un objeto social espacialmente identificable. Precisemos que la hipótesis que exploro aquí es aquella de que la ciudad es entre otras cosas un OSSI y que queda por mostrar en qué tal OSSI se parece o se distingue de otros medios humanos.

"Objeto espacial" quiere decir que la ciudad tiene una materialidad, una existencia física. La ciudad no es enteramente regida por las relaciones que los seres humanos tienen con ella, pues ésta, comparte el destino de las cosas materiales sometidas a la entropía,

² Se usa *ciudadino* como habitante de la ciudad y no *ciudadano* por la acepción política que este último tiene.

a la gravedad, etc. Como otras formas espaciales, la ciudad material tiene una inercia propia que es la felicidad de los arqueólogos, pues ellos pueden de esta manera poner al día los restos de una civilización mucho tiempo después de la desaparición de los actores colectivos que los han producido. Pero siempre, la ciudad no existe más que en tanto ella es socialmente identificable, es decir, identificable como tal, ya sea por aquellos que la construyen y la realizan día a día, o bien por aquellos que la reconstituyen intelectualmente (como los arqueólogos evocados más arriba, o los geógrafos desde hace mucho tiempo obsesionados por la cuestión de la diferencia y del límite entre la ciudad y el campo). Eso quiere decir que la ciudad no existe más que a través de un cierto número de asas (Berque 1990: 102-103) por las cuales la conciencia humana puede asirse de esa realidad. Las asas o asideros a las que hacemos referencia son:

-Elaboradas socialmente (los individuos utilizan cada una de las asas a su manera, concebidas o transmitidas por un grupo)

-Fundadas culturalmente (ellas son reinsertadas dentro de un sistema de valores y de semantización).

-Sometidas a la historia (es decir, a las evoluciones en el tiempo de la ciudad- materia, el objeto espacial y de la ciudad-sociedad, el objeto social).

La ciudad es indisolublemente un objeto espacial que definimos socialmente y un objeto social que reconocemos espacialmente. Por objeto social espacialmente identificable es necesario entender que la ciudad es una categoría social a la cual corresponde la idea de civilización y el complejo semántico "buenas maneras - política - policía" en el vocabulario occidental. Esta categoría es identificada concretamente, es decir materializada por la sociedad, gracias a formas espaciales caracterizadas por la densidad (de construcciones, de vehículos, y de individuos), la diversidad (de usos, de colores, de formas) y la monumentalidad (la calidad de ciertos edificios: Palacios, galerías, iglesias, escuelas, tribunales, muros, puertas, etc.). De otra parte, esas formas físicas no significan la ciudad o cualquier otra categoría urbana, mientras ellas no sean físicamente asociadas y culturalmente investidas

de significación por aquellos que las reconocen. Se trata aquí de observar cuáles son las formas indisolublemente socio-espaciales que pueden ser identificadas y utilizadas por aquellos que allí viven la experiencia para orientarse social y espacialmente.

¿ES LA CIUDAD UN CÍRCULO DE IDENTIFICACIÓN?

Llegando a este punto nuestra pregunta es ahora: ¿Cómo caracterizar las relaciones entre el sujeto social (el individuo en tanto que él es socialmente emergido y constituido, o bien el grupo unificado por sus prácticas y sus representaciones) y el medio urbano (la ciudad en tanto que ella es simultáneamente una exterioridad - una- "cultura", la urbanidad)?

Cada individuo unifica a su manera la experiencia que hace del medio en el cual se encuentra. De esta forma, los desplazamientos de nuestro cuerpo en el espacio son regidos por una síntesis sutil de todas nuestras sensaciones, bien sea que podamos identificar los cinco sentidos (a los cuales es necesario anexar el de la gravedad) que condicionan nuestra relación física a las condiciones de existencia sobre la tierra. Esta síntesis se extiende igualmente a las informaciones no sensoriales que son puestas a nuestra disposición por nuestro entorno humano y por nuestra capacidad de adquirir, analizar e interpretar datos y a crear nuevas significaciones. Es por ello que nuestro entorno se vuelve suficientemente comprensible porque nosotros podemos allí reaccionar con la eficacia necesaria a nuestra supervivencia individual. Sin embargo, sensación (información adquirida por los órganos sensoriales) y representaciones (informaciones adquiridas intelectualmente) son socialmente categorizadas y sus categorías son necesarias para la comunicación de la experiencia individual al "otro" y de esta manera a la existencia de la sociedad. Así cada grupo desglosa a su manera la experiencia del medio en categorías cognitivas compartidas, en representaciones colectivas que condicionan en parte la relación que cada individuo tiene con su propio medio. Ese compartir de representaciones es así mismo fundador del grupo como tal, así como lo mostraré más adelante.

El objeto de esta reflexión es identificar las categorías sociales operantes, puestas a disposición de los individuos y de las sociedades para identificar y (re)conocer su medio en general y el medio urbano en particular. Estas categorías deben ser comprendidas como las racionalizaciones y las segmentaciones de una relación con la ciudad que permanece siempre unificada por la experiencia. Yo propongo así considerar las seis categorías siguientes, como las diferentes facetas de la interfase entre lo humano y el medio y como los principios activos de un proceso global de identificación del medio de vida: paisaje (principio de visibilidad), temporalidad (principio de sincronización), territorio (principio de competencia), centralidad (principio de jerarquización) (ver figura final). Esta clasificación recorta parcialmente otras proposiciones del mismo orden, como aquella de J. B. Racine, resumiendo así, los "principios mismos de la ciudad, centralización, concentración, verticalización, heterogenización, mediación y poder" (Eveno 1998: 275)

Es necesario tener presente de forma cercana que esos principios juegan en conjunto los unos sobre los otros, y es por ello que podemos hablar de sistema: Cada una de las dimensiones de la relación con la ciudad es visible en los paisajes sincronizados con diferentes temporalidades, organizadas por las áreas de competencia territorial, estructurado por los mercados de intercambio, representado por los discursos, jerarquizando a menudo las reglas de la centralidad. Es necesario recordar también que es el sujeto individual o colectivo quienes unifican las categorías viviendo su relación con la ciudad. Por tanto, la identidad de la persona no puede ser jamás reducida simplemente a una de sus actitudes de las cuales podremos hacer corresponder las diferentes categorías: visitador, elector, administrador, trabajador, consumidor, experto, actor, etc. En cambio sus diferentes actitudes corresponden bien a lógicas colectivas. Así entonces, ¿Quién es el ciudadano?: es ciudadano el individuo que se identifica con un grupo que, a su vez, identifica la ciudad como el objeto común que da su identidad al grupo, o bien el ciudadano es designado como tal por los miembros de un grupo que se identifican ellos mismos como no-ciudadinos sobre la base de ciertos criterios. Así, el

calificativo de *ciudadino* tiene objetivaciones de la identidad ciudadina diferentes en la boca de un habitante de un tugurio que en aquella de un urbanista. El proceso de identificación es siempre doble: Es una calificación de sí mismo *versus* otra cosa de sí, siempre positiva y negativa al mismo tiempo (Definirse *ser algo o alguien* es definirse a la vez por eso que somos y eso que no somos).

Es necesario imaginarse que los individuos y los grupos construyen círculos de identificación interceptados. Desde el punto de vista del individuo, el primer círculo es aquél que le define a él mismo como una persona por oposición a su medio ("el otro" y el medio). Colectivamente cada círculo de identificación se define igualmente por eso que todos sus miembros tienen en común y por oposición a eso que aquellos que se quedan fuera no son: la misma edad, el mismo sexo, las relaciones de parentesco, el origen geográfico, étnico o nacional, la educación, las condiciones de trabajo, los modos de consumo, las preferencias ideológicas o religiosas, una serie de criterios en torno a los cuales se estructuran más o menos formalmente los círculos de identificación. Diversos fenómenos de adhesión o de moda, dan de esta manera nacimiento a comuniones fundadas sobre los códigos compartidos y de espacios simbólicos (Monnet: 1998). El grado de abertura del círculo está determinado en parte, por la exclusividad de los códigos y el control de los accesos a los lugares comunes del grupo: es esta gradación la que muestra la diferencia entre una iglesia y una secta, entre un bar y un club, o entre dos escuelas, dos empresas, dos ciudades o no importa cuales otros tipos de sociedades.

Si consideramos la ciudad como un círculo de identificación, ésta aparece a la vez como el instrumento de la constitución del grupo de ciudadanos y el resultado de la constitución de dicho grupo. Es por ello que el concepto de interfase es importante para dar cuenta de esas interrelaciones e interacciones, a condición de considerar que la interfase es el mismo ciudadano, cuando él pone en interrelación la ciudad como exterioridad (la ciudad-espacio que él habita) y la ciudad como interioridad (la ciudad-valor que él habita). Según esta perspectiva, si el ciudadano es evidentemente

el sujeto en interrelación con un objeto que será la ciudad, es necesario considerar que el objeto está todo tanto en el sujeto, como alrededor de él. A continuación, intentaré caracterizar las diferentes facetas de esta interfase y sus concretizaciones.

Los procesos y las categorías de identificación de la ciudad por el ciudadano

Los procesos cognitivos que nosotros caracterizamos son aislados en función de los tipos de objetivación de la realidad urbana que permite: por ejemplo el paisaje es producto/reconocido por el intermediario de esos procesos de percepción sensorial. Sin embargo, las caracterizaciones propuestas no deben hacer olvidar que ellas albergan solamente ciertos tipos de procesos o de objetos en el seno de una relación con el medio que es vivida como un todo. Eso implica que de una parte, los fenómenos puedan ser clasificados de otra forma, y que de otra parte, existan relaciones cruzadas entre todos los procesos y las categorías aquí analizadas.

A. Sensaciones, visibilidad, paisaje

La pregunta general que surge aquí con relación a la sensación es: ¿En qué medida es tan sólo eso, la naturaleza física (biológica) de nuestro sistema sensorial y de los órganos que la componen, los que determinan nuestra percepción del mundo? ¿En qué medida nuestras capacidades perceptivas son afectadas o condicionadas por factores culturales?

Las preguntas derivadas llevan hacia la jerarquía de los sentidos perceptivos: ¿En qué medida la primacía de la vista es natural o cultural? A menudo los trabajos que abordan la dimensión cognitiva de la sensación se interesan casi exclusivamente a la cognición visual, sin que sea claramente establecido en qué medida la vista aventaja las otras sensaciones para pautar nuestra relación con el medio. De esta manera "la pregunta de la inteligencia se plantea desde la aparición del "objeto permanente", es decir, del hecho de que el bebé "sepa" que un objeto existe siempre, aunque haya desaparecido de su vista" (Houdé 1998: 42). Con este ejemplo vemos el papel

que la psicología cognitiva atribuye a la vista en la elaboración de la relación con el medio. Allí, "la psicología de la percepción" define que "la percepción es una representación del medio" y responde a la pregunta "qué es la percepción" y el por qué yo miro alrededor de mí (Jiménez 1997:7). Si esos postulados que dan una función cognitiva esencial a la vista son fundados, eso explicaría la importancia del paisaje percibido y del paisaje representado en la relación individual y colectiva con el medio. Esto plantea también preguntas sobre "el sentido de orientación" y particularmente sobre la articulación de un sistema de localización centrado en el individuo (clasificación de objetos vistos lateralmente izquierda / derecha con relación a la altura, por debajo / por encima, y delante / detrás con relación a la profundidad) con un sistema de localización fundada en una representación abstracta del espacio (el mapa mental). Esta articulación permite clasificaciones esenciales (entre lo próximo y lo lejano, lo grande y lo pequeño, etc.).

Puesto en estos términos, el problema de la percepción sensorial del espacio urbano por el individuo se transforma en aquel de la "visibilidad" de los fenómenos. Para ser reconocido como tal, el medio urbano debe ser "visto", es decir, estar marcado de signos aparentes de su identidad particular, que yo he caracterizado por la densidad, la diversidad y la monumentalidad de las formas visibles. Las diferentes raíces de la terminología urbana expresan de otra parte aquella idea de la visibilidad: *la polis*, *el burgo* (el *bergalemán*) o *town* (terminaciones en *dun* en Francia, como en Chateaudun o Verdun) dan todos la idea de altura y de fortificación (Brunet et al 1992:461, Monnet 1996), mientras que "ciudad" es próxima en la actualidad de "ciudadela" (ciudad de Carcassonne, Isla de la ciudad). *Urbs* "es la misma palabra *orbs* y tanto el uno como el otro dan la idea de algo circular, de un cerco" (Meuriot 1919 in Roncayolo & Paquot 1992:22). Según este último autor, son muchos los que han señalado que la función de cercos urbanos ha sido simbólica mas que defensivos, su función última era la de mostrar y de instituir la ciudad por oposición al "país llano" en occidente como en oriente. A. Berque muestra que

en chino antiguo, ciudad (cheng) se decía muralla, cerco; en la actualidad ese es *chengshi* muralla-mercado (en Eveno 1998:106).

Si la lógica de la visibilidad es una de aquellas que detentan la construcción de ciertos establecimientos humanos comprenderemos entonces, que ella haya podido empujar las sociedades a invertir en los altos-lugares propicios a eso que podemos llamar la economía visual o a invertir en erigir pirámides, campanas, minaretes, torres y otros rascacielos. Comprenderemos también, cuál es la fascinación que ejercen los mismos puntos altos cerca de esos que desean abrazar desde la mirada el panorama urbano, y comprenderemos entonces, que se haya vuelto difícil continuar calificando de ciudades las aglomeraciones que han comenzado a escapar de la mirada. En el caso de Los Ángeles, A. Krim (1992) ha podido demostrar que los discursos sobre la naturaleza no urbana o "anti-urbana" de esa ciudad, son históricamente acorralados por las racionalizaciones elaboradas del principio del siglo XX, a partir de ciertos panoramas de aglomeración. Los circuitos turísticos, de otra parte ofrecen puntos de vista que marcan el centro de la ciudad y acentúan la dispersión de la construcción urbana. Es aquí donde entran en juego las representaciones y preconcepciones que son consubstanciales a la identificación de todo medio y en particular de la percepción de la ciudad.

B. Representación, discursos, imágenes

Las relaciones entre el objeto-paisaje y el sujeto-visitante (visitar es un frecuentativo "de ver" en latín) permiten al sujeto-visitante calificar los espacios y los medios tanto de la "pequeña" como de la "gran ciudad". Las grandes ciudades que han emergido del crecimiento demográfico asociado a las diferentes fases de industrialización que es en adelante conveniente llamar "metrópolis" entendiéndose "megalópolis", plantean un problema particular a lo que concierne su percepción como conjunto. El cerco (ya sea que se trate de murallas o de bulevares periféricos) que vuelve la ciudad cognitivamente "aprehensible" como una totalidad sensible y simbólica, ha desaparecido en términos de visibilidad. Los puntos de vista ya no abarcan un conjunto

urbano finito, sino que por el contrario, ofrecen ver el infinito a partir de eso que escapa a la mirada. En términos kantianos podemos decir, que el "fenómeno" urbano se encuentra sin embargo totalmente bajo la dependencia del "numene", de la categoría intelectual que da su identidad a la ciudad. Esto comienza por el nombre de la entidad histórica central convertida por extensión en aquella de toda aglomeración y haciendo de los otros nombres de lugares, referentes secundarios. Otra extensión simbólica del "numene" urbano permite designar la autoridad que asienta una capital política o en un centro económico (Washington, Wall Street) para calificar sus relaciones con su área de competencia o con autoridades concurrentes.

Los topónimos, los calificativos de "pequeño" y de "grande" de metrópolis y de megalópolis, tanto como de aglomeración o conurbación, de capital o de cabecera municipal son identificaciones que reposan fundamentalmente sobre las representaciones. En el flujo de informaciones que utilizamos para ponernos en relación con el mundo podríamos clasificar las representaciones como informaciones no sensoriales (así sea que ellas puedan representar una sensación), que "informan" (filtran, organizan, se vuelven significantes) a aquellas que nos provienen de los órganos sensoriales de la conciencia, y *a fortiori*, de la comunicación con el otro. No hay sensaciones puras. No hay más que experiencias sensoriales culturalmente determinadas por las representaciones. Así como la visión instituye la ciudad como paisaje, las representaciones instituyen el medio urbano como categoría. Tal como no podemos *decir* la ciudad sin la lengua que estructura nuestra expresión verbal, no podemos *ver* la ciudad sin la mirada socialmente elaborada que estructura nuestra visión individual. Puede ser posible interpretar esos procesos como un *tri* que enriquece una selección que es al mismo tiempo un conjunto: nuestro oído capta más que eso que nosotros escuchamos y entendemos, así también, nuestro olfato es mucho más sutil que el uso que hacemos de él, puesto que nosotros representamos más que eso que experimentamos directamente.

Nuestra relación individual con la ciudad pasa por una cierta multitud de representaciones formuladas

y otras que por diversos motivos se quedan sin formular. En proporciones variables, éstas son informadas tanto por sensaciones inmediatas como por recuerdos de experiencias individuales o por representaciones colectivas. Una parte de las representaciones son expresadas gráfica o verbalmente. Podemos hablar de imagen cuando comunicamos sin intención de hacerlo, eso que la ciudad representa para nosotros. Hablaremos más voluntariamente de discurso cuando elaboramos deliberadamente una representación de la ciudad que nosotros identificamos como tal. Bien sea que se trate de imágenes o de discursos, las reglas de la comunicación se aplican a las representaciones: es la representación la que mejor comparte, condiciona y refleja más eficazmente la relación social con el medio. Podremos así hablar de discurso dominante o de imagen hegemónica cuando una cierta representación de la ciudad se impone en detrimento de otras representaciones de la experiencia urbana. Las evoluciones de la actitud *vis a vis* de los barrios antiguos o *vis a vis* del comercio ambulante, han estado así históricamente acorralados de cambios de concepciones que las elites gubernamentales, intelectuales o económicas se hacen de la ciudad como modelo de sociedad (Monnet 1993).

Las representaciones son también, de esta manera, artefactos importantes al igual que la materia y la disposición de edificios para comprender una ciudad, la naturaleza que le prestan sus habitantes, los intereses donde ella es la apuesta. Existe un verdadero mercado de representaciones donde se encuentran en concurrencia los conocimientos intelectuales de los especialistas, los saberes vernaculares de los habitantes, los discursos legitimadores de las autoridades y las imágenes publicitarias de los comerciantes (de las postales a las vallas o carteles de promoción inmobiliaria). Después del siglo XIX este mercado se ha estructurado progresivamente alrededor de una economía profesional de la información (los mass-media) donde dos tendencias afectan la representación de la ciudad: una es la búsqueda de la máxima audiencia que tiende a privilegiar, y por tanto a reproducir, las representaciones ya compartidas; la otra es el recurso creciente de la iconografía que tiende a sobrevalorar

los paisajes urbanos al momento donde las marcas visuales se mezclan (internacionalización de arquitecturas y de urbanismos, desaparición de "cercos" de todo tipo).

C. Jerarquización, espacio público, centralidades

Entre los procesos cognitivos que pasan por la representación de la realidad, están aquellos que conducen a calificar unos fenómenos por otros: es el caso de todos los procesos que tienden a clasificar, ordenar, jerarquizar. La clasificación reagrupa o disocia los fenómenos según su similitud/ no similitud (o proximidad / distancia). El ordenamiento los pone dentro de un conjunto. La jerarquización los afecta de valores graduales. En la relación al medio urbano, por ejemplo, es de esta manera que clasificamos los espacios asimilando los edificios según su tipo de categorías, "casas", "inmuebles", "residencias", "comercio", "oficinas", "fábricas", etc. El ordenamiento situado: un edificio "urbano" pertenece al orden "ciudad", mientras un edificio "rural" o la carretera nos dirigen a ordenes no urbanos. La jerarquización agregará a ello, según el sistema de valores socialmente condicionados del individuo, que es mejor vivir en el campo que en la ciudad (o lo contrario), o aún que la posibilidad de reinsertarse en un determinado mercado de trabajo, justifica todas las dificultades de otro orden que ponen allí sus obstáculos (los migrantes jerarquizan así sus prioridades).

Los procesos que van de la clasificación a la jerarquización reedifican la representación del mundo, pero ellos parecen igualmente informados por las reglas de la sensación. En efecto, la valoración de la proximidad espacial por un individuo, por ejemplo, parece poder resultar tanto de un análisis de valores que apreciaran la minimización de la energía (o de los costos) que ella permite, como de una ventaja cognitiva decisiva, dada por la percepción física en la esfera sensible (por oposición a un medio imaginado que no libere informaciones factuales útiles). Comprendemos cómo la supervivencia animal (aquella del predador como aquella de la presa) depende de una jerarquización

en función de la distancia: el predador, el más próximo y el más peligroso, la presa o el abrigo más lejanos, son los menos interesantes. Aquello se aplica bastante bien a la conducta automovilística, por la cual, nosotros debemos jerarquizar la atención que prestamos a los elementos que no manejamos (los otros conductores, la red de comunicaciones, la señalización, la meteorología, etc.) en función de la distancia. Todas las clasificaciones que operamos en el espacio parecen así determinadas a la vez por nuestras capacidades sensoriales (¿"naturales"?) y nuestros procesos de representación (¿nuestras capacidades "culturales"?).

En un OSSI como la ciudad, los procesos de clasificación y de jerarquización parecen fundamentales a la vez para identificar el objeto (aquí, la ciudad, por oposición de un objeto a otro: el campo, el desierto, los nómadas, el estado, etc.) y para situar al individuo al interior de éste: clasificar los espacios en espacios "llenos" (edificios) o "vacíos" (calles, plazas), en espacios "públicos" o "privados", comerciales o residenciales, ricos, pobres, sucios, agradables, peligrosos, etc. Vemos aquí que en la calificación social de un espacio como "agradable" o "peligroso" opera necesariamente una jerarquización (según las escalas del deseo o del miedo, etc.) que remite ella misma a una doble identificación, aquella del entorno por un observador que fabricándose se identifica parcialmente él mismo. Que un individuo hable de un barrio o una casa "rica" remite necesariamente a su representación de la jerarquía de la riqueza en la cual este individuo se sitúa siempre.

En aquello que concierne los medios urbanos que tienen la particularidad de ser fundamentalmente humanizados, parece ser importante insistir sobre dos aspectos ligados el uno al otro que serán la impronta material en la ciudad de los procesos de clasificación y de jerarquización abordados aquí. El primero es el ordenamiento "privado-público" que diferencia el espacio en tipos de lugares caracterizados por los grados de control del individuo y la colectividad. En este orden bipolar se oponen idealmente el lugar el más privado, apropiado por un individuo (el cuarto, el hogar, la oficina) y el lugar el más público, apropiado por la colectividad (la calle, la plaza, el parque), oposición

que obedece particularmente a la dialéctica de lo cerrado y de lo abierto. En los hechos, los lugares no son ordenados en dos categorías "puras" y opuestas, sino en una infinidad de situaciones donde concurren las lógicas de privatización (privado) y de publicitación (público)³. En ese *continuum* el equilibrio cambia permanentemente siguiendo diversas temporalidades: aquella de lo cotidiano, por ejemplo cuando tal o cual lugar reconocido y frecuentado como público a ciertas horas (un edificio administrativo, un parque, ciertas pequeñas calles), deja de serlo a otras (cuando el acceso público no es reglamentario o socialmente posible). Otro ejemplo, la temporalidad secular de la concepción de la intimidad que ha acabado en un cierre siempre más marcado de ciertos espacios: habitaciones individuales, cuartos de servicio, hogares domésticos, etc. Las jerarquizaciones propias a cada sociedad y de cada época, determinan en este marco aquello que es privilegiado en el *continuum* privado-público: el derecho y el uso pueden así promover quizá la propiedad intelectual o, quizá, la propiedad colectiva o decidir si el interés público se impone sobre el interés privado.

La dialéctica de este ordenamiento está fundamentalmente en la ciudad, en la medida en que la concentración de individuos en un espacio limitado obliga a regular de forma sofisticada, las relaciones entre la gente. Aquello parece pasar necesariamente por la definición y la protección de esferas que relevan al individuo de una parte y a la colectividad de otra, en un espacio que es necesariamente el soporte y la apuesta de la comunicación y de los intercambios entre los grupos y las personas. Desde esta perspectiva el comercio juega un papel esencial evitando que el *continuum* bipolar público-privado se vuelva rígido en una dicotomía de contradicciones insolubles, pues él asegura la promoción de intereses privados en el espacio público organizando el acceso público al espacio privado (Monnet 1997).

Es necesario ahora introducir la centralidad en la reflexión sobre la dialéctica espacial de lo privado y de lo público, pues ella resulta de una jerarquización entre

³ La aclaración entre paréntesis es para facilitar la traducción

lugares según la escala de su importancia. Esta es dosificada diferentemente siguiendo el sistema de valores en vigor: la centralidad geométrica esta determinada por una localización en términos euclidianos, mientras que la centralidad geográfica esta determinada en términos de concentración y de flujos efectivos o, de localización de un poder, de una autoridad territorializada, por ejemplo, los *Central Bussines districts* estadounidenses han sido identificados en los años 1950 en parte por el "land value peak" (Murphy & Vance 1954); es decir, por el hecho de que ellos ocupaban lo alto de la escala de valores monetarios del suelo urbano por oposición a otros espacios, como los ghettos (geoméricamente pericentrales pero socialmente marginales), donde este valor estaba entre los mas bajos, entendiendo que el valor monetario atribuido al suelo era censado reflejando el valor social del lugar.

En el *continuum* privado-público cada polo indicaría entonces un tipo de centralidad. La centralidad privada localizada en el individuo, jerarquizando los lugares, los unos en relación con los otros en función de su importancia para la persona considerada: por ejemplo, ese proceso de jerarquización egocentrada instituye el lugar domestico como el centro mayor de la geografía de un individuo a la escala intra-urbana, el lugar de trabajo donde sea, constituye un segundo centro (la jerarquía entre los dos puede variar según los individuos, las sociedades, etc.). El mismo proceso jerarquiza igualmente los lugares a otras escalas: "mi" ciudad, "mi" región, "mi" país, "mi" planeta, son niveles de reconocimiento privado del medio (representado entonces como centro sobre el individuo) que corresponde a eso que A. Moles llamaría las "cortezas del hombre" (Bailly et al 1992: 181-188). La centralidad pública cuando ella resulta de una jerarquización social de los lugares, es decir, del reconocimiento común por un conjunto de individuos sobre la importancia relativa de ciertos lugares con relación a otros: importancia simbólica de los lugares que no necesariamente frecuentamos pero a los cuales atribuimos un gran valor compartido (monumento, capital, etc.), importancia concreta en la vida cotidiana de lugares frecuentados por todos (comercio,

administraciones, estaciones o terminales, etc.). Socialmente el espacio público y la centralidad están en parte ligados: un espacio es tanto más "central" cuando él es más "público", y a la inversa. Es así que lugares jurídicamente públicos y geoméricamente centrales, como una calle de un barrio residencial del centro de la ciudad, puede encontrarse socialmente menos "pública" y menos "central" que el centro comercial de los suburbios.

Con estos ejemplos vemos aparecer una especificidad de la gran ciudad con relación a otros tipos de entornos. La ciudad es, fundamentalmente, un centro, un lugar alto, localizado en un gran número de escalas de valor, de jerarquías individuales y colectivas: ella es casi siempre más visible, más rica, mas poderosa, mas atrayente, mas representada, más conectada, mas informada, mas agitada, etc. Puesto que la ciudad es un centro (en tanto que ella es un centro efectivo), ella tiende a concentrar siempre por demás, gentes y actividades, eso que nutre en permanencia los procesos de jerarquización intra-urbana de los lugares, evolución determinada a la vez por los cambios de la distribución y de los valores de la población. Resulta que la cuestión de la centralidad (las modalidades de esta jerarquización específica) se pone siempre, no solamente en eso que concierne al objeto urbano en su conjunto, sino también, en eso que concierne su organización interna, al punto de asociar el reconocimiento de la ciudad, a aquella de su centro: una ciudad sin centro no sería verdaderamente una ciudad. Esto aparece por ejemplo en numerosas representaciones de Los Ángeles (*Geographie Universelle* 1992:161,164).

D. Sincronización, temporalidades

El caso de Los Ángeles permite evocar la importancia que tienen las temporalidades y su sincronización en relación con la ciudad. Las representaciones que proponen la ecuación, "no-centro=no-ciudad", no son pertinentes que una vez fechadas. En efecto, de una parte la realidad de la que ella quiere dar cuenta evoluciona a menudo su propia temporalidad. De esta manera, los procesos de concentración/deconcentración y sus consecuencias geográficas

pueden cambiar siempre a través del tiempo: Los Ángeles se ha quedado como una ciudad monocéntrica hasta comienzos del siglo XX, cuando el desarrollo industrial y turístico de la región la estructura quizá como una red interconectada de núcleos urbanos. En la actualidad, la tendencia se dirige quizá a la reorganización centralista de la región urbana, al perfil de un centro-ciudad amplio. De otra parte, los sistemas de representación tienen su propia temporalidad que dan una cierta inercia a las representaciones de tal o cual fenómeno. Las evoluciones materiales de la ciudad, y las evoluciones de los modelos según los cuales interpretamos la realidad urbana no son entonces paralelas. Al contrario, esas evoluciones tienden a chocarse y ajustarse sin cesar las unas a las otras, en una dialéctica donde la representación determina la intervención sobre el espacio en tanto que la organización del espacio determina su representación.

La ciudad resulta en parte de ese proceso: ella aparece como la materialización de una gran variedad de temporalidades que podemos diferenciar hasta el infinito (la temporalidad de la vida humana no es aquella de una construcción, aquella de los individuos varía de la una a la otra según su salud, y sus condiciones de vida, aquella de las construcciones varían según los materiales y las técnicas empleadas, sin olvidar las temporalidades de las instituciones, de las elecciones, etc.). De alguna manera, la ciudad sincroniza: ella *realiza* la realidad haciendo coexistir en el tiempo fenómenos inscritos en temporalidades diferentes: a ese título, la ciudad es un medio como cualquier otro, teniendo en cuenta que es uno de los medios más complejos que podemos imaginar, y que se caracteriza entonces, por la sincronización de un buen número de fenómenos. Así, los ciclos económicos se encuentran repercutidos en fases de construcción o de movimientos de población de las temporalidades propias, que repercuten de su lado sobre las evoluciones del mercado urbano. La identificación de diferentes entidades intra-urbanas (barrios, etc.) depende igualmente de la existencia de temporalidades propias y del reconocimiento de una sincronización específica a esta escala.

Es en la relación del ciudadano con la ciudad que

se opera la sincronización: la conciencia del sujeto unifica en su representación de la ciudad todas esas temporalidades distintas, e instituye así la ciudad como un presente inserto en una representación del tiempo que varía evidentemente según las culturas y las épocas. Se plantea entonces el problema de la permanencia de la ciudad, es decir, de su identificación continua a pesar de los cambios que la afectan: ¿en qué condiciones reconocemos que una ciudad es la misma a través del tiempo, o bien, que otra ciudad la ha sucedido? Esta pregunta interpela a los artistas sensibles acerca de los sentidos de los lugares como es el caso de Italo Calvino en su obra *Las ciudades invisibles* (1987); pero ella preocupa también a las autoridades, por ejemplo, cuando se trata de legitimarse como herederos o como revolucionarios *vis a vis* de un orden socio-espacial anterior. Desde el siglo XVI y hasta nuestros días, hacer de la ciudad de México otra o la misma que Tenochtitlán, la capital azteca, tiene relevado de una elección ideológica las implicaciones políticas, según allí veamos la cabeza de puente de la colonización europea, el cruce de una nación mestiza o la expresión de la supervivencia de una civilización autóctona. En esta perspectiva, la naturaleza de la centralidad atribuida por una sociedad a un espacio dado, determina en buena parte, la concepción del territorio del cual ese espacio es el centro.

E. Competencia, territorio

Hemos visto cómo el proceso de jerarquización entre los lugares conlleva a la identificación del carácter central de algunos de ellos. Por definición, la misma jerarquización clasifica otros lugares con relación a sus "centros", identificando aquellos que se sitúan en el área de influencia de una centralidad y aquellos que se sitúan fuera. Esto nos lleva a la problemática de la identificación de ciertos espacios como territorios. Muy frecuentemente los geógrafos definen el territorio como el resultado de una acción del recorte de la extensión terrestre por un individuo, por un grupo o por una institución, que busca poner el pie sobre una porción de espacio originado de dicho recortamiento: "el

territorio implica siempre una apropiación⁴ del espacio" (Brunet et al 1992:436). Esta concepción del territorio puede ser calificada de *aereolar* pues ella implica que el recortamiento del espacio conlleva a la identificación y a la apropiación de áreas de superficie. La concepción aereolar organiza la comprensión de los territorios siguiendo el dualismo centro-periferia, en la medida en que el énfasis sobre el recorte llama la atención de una parte, sobre aquel que recorta, el sujeto o el motor de la acción de apropiación, que se constituye o es constituido en "centro" del territorio y de otra parte, sobre el recorte en sí, el límite, la frontera que instituye el objeto-territorio. Esta concepción es pertinente cada vez que se trata comprender el área de validez de un derecho o de una soberanía: la propiedad, las jurisdicciones, las circunscripciones electorales o administrativas, etc. Bien sea de los procesos de identificación de la ciudad como OSSSI pasan por la elaboración o el reconocimiento de territorios aereolares: el área de la construcción urbana (por oposición a las áreas no-urbanas), el área de dirección o administración de la ciudad (la competencia de diferentes tipos que ejercen las autoridades después de la circunscripción de la ciudad sobre un territorio más amplio). Como lo vemos las movi­lidades de la apropiación del territorio remiten a menudo a la idea de una dialéctica dominación-dependencia y contribuyen al establecimiento de un espacio jerarquizado.

Sin embargo, es posible identificar modos de territorialización que revelan una lógica de apropiación del espacio, pero no se expresan por el recorte de áreas ni el ejercicio de una dominación. Seguir un camino parece una buena forma de apropiarse del espacio, pero eso no instituye un territorio aereolar con sus límites y el centro que le define. J. Bonnemaison (1986:372) habla a propósito de la Melanesia de un "espacio reticular" o de un "espacio anárquico", o donde "ningún grupo no estará ocupando un centro y el otro una periferia". Los migrantes internacionales estudiados por L. Farett (1997) constituyen sus propios "territorios circulares" fundados sobre redes que se superponen

a los territorios aereolares de los Estados-Nación. Esas modalidades de territorialización que semejan la figura del filete, red de nodos y de nexos, pueden ser calificados de *reticulares*. Los territorios reticulares contribuyen a la identificación de la ciudad a diferentes escalas. De una parte, el objeto urbano en sí mismo puede ser representado y utilizado como un nodo de líneas y de lugares donde la especificidad urbana se expresa a menudo por la interconexión de flujos: existe de esta manera una correlación de variedad entre diferentes redes de transporte (de bienes, de personas, de datos y de ideas) articuladas en una ciudad y la importancia de esta ciudad en relación con los otros nodos en cada tipo de red. De otra parte, la ciudad en sí misma puede ser identificada como un conjunto gracias a la territorialización reticular de sus usuarios, a través de sus trayectos cotidianos de un lugar a otro al interior de una ciudad.

Es posible unificar el proceso de territorialización como prolongación del ejercicio de una competencia (en el sentido más amplio) en el espacio, sabiendo que la naturaleza de la competencia ejercida por un individuo o un grupo, determina un modo de territorialización como aereolar o reticular. Las acciones humanas que relevan del desplazamiento o del intercambio tienden apropiarse del espacio como soporte de la red de comunicación. Aquellas que relevan del ejercicio de una dominación o de un derecho, tienden a crear las células espaciales donde sus competencias pueden ejercerse con toda exclusividad. Tanto para los individuos como para las colectividades, todo espacio puede así ser utilizado a la vez como el soporte de una exclusividad y como aquel de un intercambio. Encontramos aquí, de otra parte, la dialéctica de lo privado/público y de lo cerrado/no-cerrado. Desde esta perspectiva, las ciudades aparecen como OSSSI's de una extrema sofisticación, que permiten digerir las contradicciones surgidas del ejercicio de una infinidad de competencias y de articular una multitud de territorialidades aereolares y reticulares, como aquellas que son originadas del mercado de los bienes raíces urbanos, de recortes electorales o administrativos y del sistema de circulación intraurbano por ejemplo.

⁴ El subrayado es del autor

La complejidad de la ciudad como territorio está sobre la función de su densidad y de su tamaño, la multiplicidad de competencias dependerá en principio estrictamente del número de personas concentradas. Pero la especificidad de la ciudad como territorio es siempre y necesariamente un todo identificable a la vez como superficie y como nodo dentro de una red. Hablar de territorio urbano nos lleva así a considerar un objeto espacial que está muy lejos de tener la simplicidad unívoca de un territorio de caza (porción de espacio definido por mi competencia de cazador en tanto que yo dependo de ello para mi subsistencia). Es difícil que esto último sea al mismo tiempo de algún otro, y casi imposible que sea de todo el mundo a la vez. A la inversa, la ciudad es un territorio concebido de tal forma, que él pueda ser aquel de todo el mundo a la vez, gracias a la distribución de competencias muy especializadas, en perpetua redefinición fundada sobre una división de tareas que parecen acentuarse siempre por delante, y que es el fundamento mismo de la ciudad como mercado de intercambio.

F. Intercambios y mercados

Hemos visto que la percepción en el sentido estricto (el *continuum* sensación-representación), es irreductiblemente individual (es una experiencia personal, comunicable en su totalidad), bien sea que ella esté determinada a la vez por la homogeneidad biológica del cuerpo humano y la identificación social de la persona. Por el contrario, el intercambio es irreductiblemente colectivo y espacializado. Es una evidencia decir que es necesario al menos ser dos para compartir. Lo mínimo que podemos deducir es que el intercambio es producto a la vez de la alteridad y de la distancia (no soy *otro*, más que en la medida en que no se que puedo ocupar su lugar) de una parte, y de la continuidad o proximidad (no puedo intercambiar con quien no estoy en contacto de una forma o de otra) de otra parte. El intercambio puede aparecer a la conciencia individual como la dimensión colectiva del ser, donde la naturaleza comunicativa tendría el intercambio como fin y consecuencia. La ciudad que es por definición una colectividad, es la materialización más acabada de un

OSSI dedicado al intercambio entre individuos y grupos. Como nosotros lo hemos visto ya, la especificidad urbana no está dentro de una función particular, sino dentro del grado de intensidad con el cual se manifiestan los fenómenos.

En esa medida, parece que la ciudad está en el más alto punto del mercado es decir, el instrumento y el resultado de intercambios entre los humanos. Su función de centro depende en gran parte del hecho de que ella es el lugar privilegiado al cual recurren los individuos dispersos para vender o adquirir un producto o un servicio. La ciudad se materializa en la articulación espacial y en la sincronización relativa de diferentes mercados, estos mismos segmentados son quienes la constituyen en un mercado unificado geográficamente a los ojos de sus usuarios. Desde el punto de vista del ciudadano, los intercambios variados en los cuales él es parte que recibe o espectador, son integrados allí en un todo por el simple hecho de que una ciudad les "da lugar". Las lógicas y las temporalidades propias de diferentes tipos de mercado (trabajo, alquiler, tiempo libre, consumo, formación, etc.) son representadas como variables interdependientes en un sistema local. Esta interdependencia particular da al sistema local una cierta autonomía cara a cara con otros sistemas geográficos (como el Estado-Nación o el mercado económico internacional). No se trata de considerar la ciudad como algo aislado, sino de mostrar que la articulación de una grande variedad de mercados urbanos produce una especificidad local que identifica de golpe la ciudad tanto más de lo que ella es, menos sensible a las evoluciones que afectan cada tipo de mercado a otras escalas.

Al contrario, las aglomeraciones dominadas por una función hegemónica, es decir, donde el mercado local no reposa sobre el intercambio más que de un sólo tipo de cosas o de servicios, se ven abocadas a denegar la identificación social de "la ciudad": es el caso de las ciudades-dormitorios, ciudades-fábricas, ciudades-cuartel o de capitales creadas de todo orden. Esos espacios por más que tienden a presentar el paisaje urbano de la densidad, suscitan discursos que los califican como ciudades, y son los verdaderos centros del ejercicio de una autoridad o de una competencia,

ellos son a menudo descritos, sobre todo en los primeros tiempos de su existencia, como ciudades incompletas o no-ciudades, tales como los casos de Brasilia y de Washington (Enciclopedia Británica 1998) o como Ankara e Islamabad (Pérouse en Eveno 1998). Socialmente esas ciudades parecen tener la marca de ser los nodos de todos los registros del intercambio y no solamente del intercambio económico. La vacuidad social de estas ciudades parece directamente ligada a la débil variedad de eso que ellas permiten intercambiar.

Las funciones de la ciudad como lugar de intercambio le permiten producir riquezas. Necesitaría poder establecer en qué medida la intensidad de los intercambios y el valor agregado producido en la ciudad son correlativos a la representación de la ciudad como un medio rico, no solamente desde el punto de vista económico, sino también cultural y social. Podemos decir que la creación de la ciudad se extiende de manera

concomitante a todos los tipos de actividades correlativas a la variedad y a la intensidad de los intercambios?

La dinámica urbana: interrelaciones e interacciones

Ninguna de las categorías descritas hasta aquí, instituyen la ciudad como tal. Es por las relaciones e interacciones entre procesos y realidades objetivas que emerge el medio particular en el cual la ciudad y el ciudadano se instituyen mutuamente. Yo concluiría esta proposición de los procesos de identificación insistiendo sobre las relaciones e interacciones, que muestran cómo cada categoría de objetivación de la realidad urbana tienden a percibir las otras categorías. Entre las seis categorías estudiadas aquí, podemos así codificar quince relaciones directas de la siguiente manera:

CODIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE LAS CATEGORÍAS DE OBJETIVACIÓN DE LA REALIDAD URBANA

	Mercado	Territorio	Temporalidad	Centralidad	Imagen y discurso
Paisaje	1	6	10	13	15
Imagen y discurso	2	7	11	14	
Centralidad	3	8	12		
Temporalidad	4	9			
Territorio	5				

1) Las lógicas de los mercados urbanos producen diferenciaciones paisajísticas por ejemplo entre barrios de negocios, de comerciantes y residenciales. De su lado la visibilidad paisajística es una condición previa al intercambio (reconocimiento de lugares especializados y acuerdos de términos de intercambio y de comunicación)

2) La representación y el intercambio tienen parte ligada en el establecimiento del valor. Existe un mercado urbano de representaciones, soporte de la economía mediática, mientras que las representaciones del mercado condicionan la relación con la ciudad

3) Es porque hay "lugares comunes", espacios compartidos (lugares públicos, el centro de la ciudad, etc.) que puede haber allí intercambio. Inversamente esos espacios no serían compartidos si ellos no extiende (étaient) el lugar de intercambios

4) La inercia propia de cada mercado le inscriben en cierta duración que le permite afectar de alguna medida la organización del espacio. La ciudad, porque ella allí guarda la impronta paisajística y organizacional, se vuelve la memoria de los sistemas productivos que la constituyen a través del tiempo

5) Intercambiar es ejercer una competencia en un cierto espacio. El lugar del intercambio es así, el territorio del intercambio, que puede transformarse en un territorio aereolar de exclusividad cuando el mercado se organiza alrededor de la explotación de un nicho particular o según una lógica de monopolio

6) Los paisajes pueden significar los territorios, mostrando los lugares de paisaje o de concentración, o por el intermediario de marcas que señalan las áreas de competencia, sus centros y sus límites

7) Las representaciones instituyen la ciudad como un todo recortando un área en el espacio y dando una identidad a ese territorio. De su parte, los territorios instituidos por otras lógicas no son reconocidos socialmente más que si son representados en tanto que tales

8) Hemos visto cómo el ejercicio de una competencia instituye aquél que él ejerce como centro, y el área sobre la cual ella se ejerce como territorio. Los territorios aereolares y reticulares son organizados por centralidades. Los centros no se manifiestan más que dentro de la relación a sus territorios

9) Temporalidades diferentes producen territorialidades intrincadas; la persistencia de ciertos territorios a través del tiempo testimonian factores pretéritos de organización espacial. La ciudad no se aprehende sino mediante dicho intrincamiento

10) El paisaje es "el tiempo encarnado en espacio" (Berque 1996:108). El paisaje es el resultado de la acumulación de formas sensibles producidas en temporalidades diferentes, acumulación que se deja ver en ellas mismas a través del tiempo y a calificar la ciudad como "joven" o "decadente" o en su proceso de perpetuación-renovadamente

11) Las representaciones de la ciudad tienen una historia, que no se confunde ni se disgrega de la historia de "la ciudad material". Las concepciones y representaciones del tiempo informan la relación con la ciudad, mientras que la relación con la ciudad se inscribe en una temporalidad específica que influye ella misma sobre la relación con el tiempo (por ejemplo: la idea de una "aceleración" del tiempo en la ciudad)

12) Los procesos de jerarquización conciernen a la concepción del tiempo, cuando lo viejo es valorizado con relación a lo reciente, o cuando lo "nuevo" vale más que lo "viejo". La protección o la renovación de la *tela urbana*⁵ dependen enteramente de sus jerarquías. De otro lado, la importancia del tiempo y las inercias varían entre centro (sometida a apuestas más complejas, así que cambian menos fácilmente) y periferia (identificadas como tales porque los cambios se producen más rápidamente)

13) Las jerarquías de la visibilidad y de la legibilidad contribuyen a crear a partir de la centralidad: el objeto más alto, el más grueso, el más próximo de todos los otros concernientes e instituidos como centros. El paisaje deja ver el centro, así que la centralidad depende en parte de su preeminencia paisajística.

14) Los procesos de jerarquización y de representación producen "lugares comunes" en el doble sentido del término. Los lugares comunes a todos representados por todos como tales, gracias a "clichés" de representaciones compartidas que hacen de todos esos lugares: el lugar compartido da una centralidad a una imagen, la imagen compartida da una centralidad al lugar

15) El paisaje experimentado no más existe que a través de representaciones que dan cuenta de la percepción: codificando ciertos signos paisajísticos como urbanos. Las representaciones permiten conocer la ciudad. A la inversa, el reconocimiento de ciertos signos paisajísticos es suficiente para codificar un espacio como urbano.

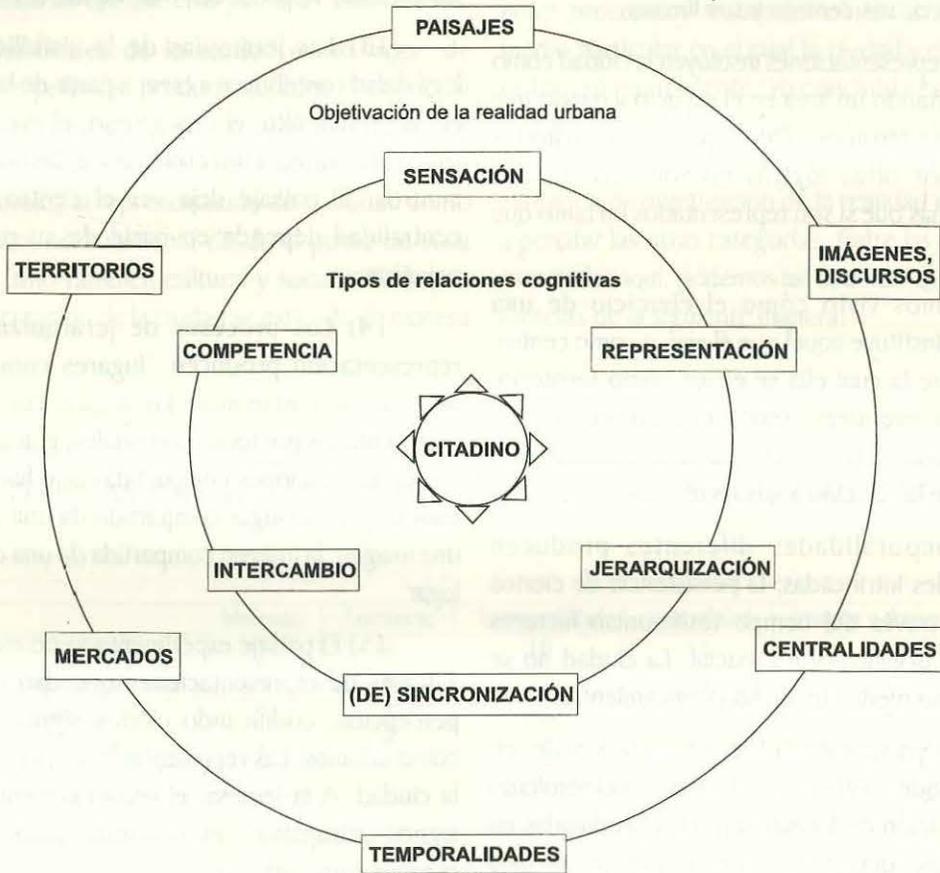
Esta enumeración no tiene otro fin que el de atraer la atención sobre el efecto que todo los procesos y todas las categorías utilizadas hasta aquí no han sido aisladas más que para describirlas. Es necesario recordar que nuestro énfasis sobre la identificación (por oposición a la identidad) se justifica por el planteamiento del problema que da cuenta del carácter procesual y relativista del ciudadano. Este no existe en sí mismo. El es solamente identificado como tal por una sociedad con

⁵ Cursivas de la traducción

referencia a un espacio que le daría una identidad y por oposición a otro tipo de individuo. La ciudad no existe en sí misma, sino en relación con otros espacios

diferentemente identificados por aquellos que la conciben como tal.

Gráfico No.1
La ciudad, objeto socio-espacial identificable,
circulo de identificación del ciudadano



Explicación: del interior hacia el exterior: el primer círculo representa el (los) ciudadano (nos) que están a la vez en singular y en plural para significar que se trata de una significación individual "y/o" una categoría social. El segundo círculo representa diferentes tipos de procesos cognitivos que podemos aislar en relación con las objetivaciones de la realidad que ellos producen o de los cuales ellos dan cuenta. Esas realidades objetivas/objetivadas son mencionadas en el tercer círculo que representa así la ciudad como exterioridad o medio del ciudadano

Bibliografía

BERQUE A. 1990. *Médiance. De milieux en paysage*. Reclus. Montpellier.

BRUNET R. (Dir.) 1992. *Géographie universelle*. Hachette/Reclus. Paris Montpellier.

BRUNET R. et all. 1992. *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*. Reclus. Montpellier

CALVINO I. 1987. *Les villes invisibles*. Seuil, Paris

HOUDÉ O. 1998. « Je pense, donc j'inhibe », *Le mode de l'éducation, No. 255 (dossier « intelligence »)*

KRIM A. 1992. "Les Angeles and the anti-tradition of the suburban city", *Journal of Historical Geography, 18 (1)*.

MONNET J. 1993. *La ville et son double. La parabole de Mexico*, Nathan, Paris

_____ 1996. « Urbain, civil et poli. La metrice terminologique de nos réflexions sur la ville ». *Les Annales de la Recherche Urbaine, No. 72*.

_____ 1997. « Commerce, espace public et urbanité en France, au Mexique et aux Etats-Unis », *Géographie et Cultures, No. 24*

_____ 1998. « La symbolique des lieux : pour une géographie des relations entre espace, pouvoir et identité ». *CYBERGEO, No. 56*.

MURPHY R. E. et all. 1954. *Delimiting the CBD & A comparative study of nine Central Bussines Districts, Economic Geography, Vol. 30*

RONCAYOLO M., PAQUOT T. (Dir.) 1992. *Villes et civilization urbaine*. Larousse, Paris.